

UN MUNDO COMUNICADO

Destacamos, como tema central del presente número de Atenea, La Cultura y los medios de Comunicación.

Si se considera que cultura es todo lo que el hombre ha agregado a la naturaleza, desde las puntas de flechas hasta la bomba atómica, desde el primer arado y la rueda hasta las complejas máquinas automáticas, también en materia de comunicaciones se podría establecer un nexo desde las señales de humo hasta las transmisiones por satélites.

Esta especie de sucesión, de transferencia de descubrimientos y constante progreso podría ser lo que algunos sociólogos llaman el hilo conductor de la historia. Y nada lo reflejaría mejor que la trayectoria seguida por las comunicaciones. Cada época y cada sociedad tratan de adaptarse a los cambios. El proceso que cada una siga para lograrlo depende de su grado de desarrollo. Los medios utilizados, si bien en determinadas naciones han tenido espectaculares manifestaciones, son el resultado de la preocupación de toda la humanidad.

Wilbur Schramm hizo una síntesis de esta memoria histórica, partiendo de lo realizado en 1450 por Juan Gutenberg en Maguncia, cuyo trabajo fue una conjunción de ideas, habilidades y materiales: la prensa de hacer vino usada desde hacía siglos en Europa; el tipo de metal fundido inventado 50 años antes en Corea y reinventado en Mainz; la tinta y el papel de los chinos; los bloques impresos por los asiáticos. "El resultado fue una máquina para la rápida duplicación de los escritos. Ese fue el principio de la comunicación moderna. La historia de estos 500 años de desarrollo de la comunicación es la historia de la cambiante relación del hombre con las máquinas, en el proceso de comunicación".

La segunda aceleración ocurre con las sorprendentes invenciones del siglo pasado: telégrafo, cable submarino, teléfono, cinematógrafo. El bulbo al vacío presentado a la comunidad científica internacional o por Deforest en 1907 inauguró el mundo de la radio y la televisión. La tercera

ola de comunicación moderna está constituida por el avance de todos los medios. La cuarta la estamos viviendo y se caracteriza porque ya no hay lugar para el asombro, pues cada día aparece una nueva demostración de la capacidad creativa del ser humano, de sus ansias de conocimiento y su angustiosa búsqueda para descorrer cortinas de misterio.

La revolución de las comunicaciones ha tenido como estímulo la velocidad de los acontecimientos, vertiginosa y fascinante porque nos ha permitido ser espectadores de la confrontación simultánea de varias eras: la atómica, la cibernética con las computadoras, la del espacio y la investigación de la célula para analizar los componentes de la vida.

Si en ciertas épocas el mayor interés se concentra en las catástrofes y conflictos bélicos, tenemos que la Primera Guerra Mundial fue "leída" a través de los diarios y revistas; la Segunda Guerra Mundial fue "oída" mediante la radio; la de Vietnam fue "vista". La información instantánea penetra hoy hasta la intimidad de los hogares.

Con la radio, la televisión y la prensa, las comunicaciones definen una problemática que comprende una infinidad de aspectos, reduciendo el ámbito de cada una a un terreno específico: la radio informa, la televisión muestra y el diario informa y analiza, según las palabras del experto español Manuel Calvo Hernando.

Sería inoficioso tratar de comprobar quién desplaza a quién. Las sustituciones se realizan solas. No solamente se suceden desplazamientos mecánicos sino conceptuales. Por eso es muy difícil fijar los límites del concepto "civilización" para circunscribirla a lo material y dejar la "cultura" como reducto espiritual.

Con los medios de comunicación, de la manera como se han expandido en nuestro tiempo, ya no es posible la existencia de culturas cerradas, porque todo tiende a hacerse planetario en un flujo y reflujo permanente de incontenible marea universal.

El debate suscitado para elaborar un análisis crítico de los medios de comunicación, llamados masivos precisamente por la amplísima divulgación de sus mensajes, será esclarecedor en la medida en que los juzguemos con ecuanimidad. Los medios de comunicación no son buenos ni malos. Tampoco la historia es buena o mala. Es simplemente historia, y los rastros que va dejando de generación en generación son registrados por esos instrumentos, unos más perfectos que otros. En cierto instante fueron los grabados en piedra, los relatos en papiros y jeroglíficos y después los libros impre-

sos. Ahora, por imposibilidad física de conservar el patrimonio documental, se recurre a los microfilmes, las cintas magnetofónicas, los discos, las videocassettes y los bancos de datos en centros de computación. ¿Qué podría hacer la biblioteca de la Universidad con doscientos millones de ejemplares el año dos mil?, preguntaba un catedrático de Yale.

Cierto es que los medios informan, forman y deforman. Pero es inevitable que así suceda en una época en que está por finalizar un milenio. En estas circunstancias casi sería inapropiado hablar de "crisis de valores y crisis de la cultura". A lo mejor se trata de una crisis de crecimiento exponencial, aparentemente incontrolable, con nuevas formas culturales. Los antiguos humanistas se rebelan, porque les gustaría inmovilizar continentes y contenidos y se exasperan frente a la violencia que lo invade todo. Asistimos a la declinación de lo que Mc Luhan llama "la Galaxia de Gutenberg".

No obstante, se podría sostener, como lo hace Ortega y Gasset en "El espectador", que los tiempos de salvajismo son útiles. Afirma con su poderoso pensamiento que "todas las grandes épocas de creación y renovación cultural han coincidido o fueron precedidas por una explosión de salvajismo: el siglo VI de Grecia; el siglo XIII, las centurias del Renacimiento, el friso del siglo XX". Ahora estaríamos atravesando por algo parecido que empezó con "la irrupción vertical de los bárbaros" en la Segunda Guerra Mundial.

Sigamos con el autor de "La rebelión de las masas": "La cultura y la civilización que tanto nos envanecen, son una creación del hombre salvaje y no del hombre culto y civilizado. La vida no organizada crea la organización".

Pudiera parecer contradictorio, pero si no adviene una hecatombe se estaría forjando toda una cultura superior con un nuevo clima moral y estético. Los medios de comunicación tendrán que ayudar a este nacimiento integrándose. El nuevo humanismo no es restringido como el renacentista, sino integral y expansivo porque dispone de la ciencia avanzada y de los recursos tecnológicos que nos conducen al interior del cuerpo humano y también rumbo a las estrellas. ¿Qué dirían los antiguos copistas medievales frente a una grabadora y a un teléfono con televisión, a una fotocopidora y muy pronto a la televisión por cables de fibras de vidrio? ¿Cuál sería el trastorno emocional de los humanistas renacentistas como Petrarca, Pico de la Mirándola y Erasmo que podían acumular en sus mentes todo el saber

de entonces, ante un computador que almacena miles de millones de datos?

Es probable que algún día se reemplace la lectura visual por la lectura-sonido, así como jugó un papel importante la lectura-ilustración. La deuda que tienen los educadores con Comenius en este sentido es inmensa, porque fue autor del primer libro ilustrado para niños, "Orbis Pictus", publicado en 1657. Es el antecedente directo del actual predominio de la imagen.

Cada disciplina científica intenta una explicación acerca de los medios de comunicación: su desarrollo, su influencia y el buen o mal uso que de ellos se haga. Lo importante es decidir cómo serán manejados para evitar que su presencia cada vez más expansiva no sea alienante y el círculo de la familia no se estreche en un semicírculo incomunicado, en la atmósfera envolvente de la gran feria visual.

El proceso integrador de la cultura se debe en gran medida a la ciencia, no solamente a la física y a la biología, sino al conocimiento científico extremadamente diverso que abarca inclusive al comportamiento de sociedades y de individuos. Siendo una descripción analítica de las partes de un todo, es una conjunción de caminos y medios, según la acertada frase de Will Durant. La filosofía vendría a ser como una asamblea de programas y resoluciones.

En el mundo moderno todos sentimos la influencia de la ciencia que empieza en la inquietud y la curiosidad, continúa en la investigación y termina en el conocimiento; y de la tecnología, que es la aplicación de ese saber. Pero cuesta bastante verificar las fronteras de una y otra. En el gran laboratorio de los medios de comunicación constituyen un conjunto instrumental indispensable.

Reconozcámoslo o no, señala el pensador italiano Umberto Eco, "el universo de las comunicaciones de masas es nuestro universo; y si queremos hablar de valores, las condiciones objetivas de las comunicaciones son aquellas aportadas por la existencia de los periódicos, de la radio, de la televisión, de la música grabada y reproducible, de las nuevas normas de comunicación visual y auditiva. Nadie escapa a estas condiciones".

Los enfoques peyorativos, las condenas y añoranzas sentimentales carecen de sentido.

Tampoco es aconsejable una actitud contemplativa y pesimista. Frente

a un mundo que muere y a otro que nace, no es posible soslayar la realidad. Una nueva dimensión humana nos desafía.

Finalmente, si la cultura es profundidad y la educación es superficie, todos los medios de comunicación sirven para la didáctica y el aprendizaje como experiencias que se adquieren a través de los sentidos. Nunca había tenido la humanidad tantas posibilidades para su perfeccionamiento o su destrucción. Esperamos que sea lo primero.

TITO CASTILLO